

COSAS DE ANTAÑO

EPISODIO DONOSTIARRA EN LA HABANA



Hasta mediados del siglo actual, San Sebastián sostuvo crecido comercio directo con la Habana, así es que nuestro puerto, hoy tan solitario y vacío, era por aquél entonces el sitio de mayor concurrencia y movimiento; también era el muelle lugar favorito de los enfermos convalecientes á donde acudían *eguzkia artzera* (á tomar el sol), sirviéndoles de entretenimiento los gritos que los braceros lanzaban para dar mayor impulso á la carga y descarga de los barcos.

Uno de los acontecimientos más vivos y pintorescos del San Sebastián de hace cincuenta ó sesenta años era la llegada de alguna corbeta; y sobre todo, el entusiasmo rayaba en fiesta si el capitán, piloto y agregados eran donostiarras.

La gente subía en tropel al monte Urgull y desde el lado de la Atalaya se gritaba con ansiedad— *ageri alda*— (aparece? se vé?) preguntas que al venerable vigía Echarri (abuelo del actual atalayero) le hacían aguzar más la vista por su enmohecido anteojito, mirando con empeño á todos los puntos del horizonte, hasta que al fin resultaba dar con la mancha negra sobre la superficie del Océano.

—*Emen ditugu!*— (aquí los tenemos) era la voz de Echarri cuando aparecía el barco, nueva que de boca en boca se transmitía por el Castillo, del Castillo á las calles y de las calles á las casas, así es que el *telefonema* causaba gran contento y tanta animación que á los pocos momentos se hallaba ya todo San Sebastián en *Kai-arriba, kai-min-gancho* y demás muelles.

El atoaje tampoco se hacía esperar; al empuje de sus fornidos remeros zarpaba del muelle con tal brío que parecía que la trainera volaba sobre la superficie del agua, y arrancando por enmedio de Santa Clara y el Mirador atracaba hasta cerca de la corbeta; esta lanzaba de

á bordo á la pequeña embarcación los chicotes que remolcaban al *viajero*, y con majestuoso balance llegaba mansamente al deseado puerto, quizá tras dos ó tres meses de navegación..... etc.

Hace ya mucho tiempo que en un artículo publicado en la EUSKAL-ERRIA consignamos como cosa curiosa que el actual atalayero D. Leonardo Echarri lleva más de treinta y cinco años prestando servicio, con frecuencia penoso y cuya duración es desde el amanecer hasta la noche; bien pudiéramos llamarle, por tanto, el *ermitaño del Urgull*, con la particularidad de que á su vez lo fueron también su padre y su citado abuelo, que desempeñaron en otros tiempos este mismo servicio, vinculado así en su familia,

* * *

Vamos al cuento. Llegó en uno de estos barcos, de vuelta de su primer viaje, un agregado donostiarra, y lo primero que hizo al pisar tierra, fué correr por el muelle, sin detenerse ni preocuparse en saludar ni abrazos de su familia y amigos que le esperaban.

Nuestro joven marinero desapareció por entre la multitud.

—Pero si le hemos visto,—si le he visto saltar á tierra,—qué le habrá pasado?...—etc.; así comentaban todos la desaparición del agregado, y entre el comentar de sus amigos y el aturdimiento de la familia apareció de nuevo, aunque fatigado por la correría, contento y satisfecho.

Era que en la Habana se encontró nuestro agregado con un anciano que al oírle hablar en bascuence se le acercó diciendo:

—Muchacho, ¿eres donostiarra?

—Sí, señor.

—Yo también—balbució el viejo.—Hace muchos años que vivo en la Habana; supe poco tiempo ha que toda mi familia quedó malparada, totalmente arruinada, muertos los más, víctimas de la soldadesca del 31 de Agosto último; los ingleses quemaron todo lo mío, atropellaron bárbaramente mi familia, sí... he quedado sólo, sin nada!...

Los sollozos del viejo donostiarra apagaron su voz cuyas últimas frases adiviné, decía:—Zertara biurtu! Zertara joan nere Donosti maitera! Zer ikustera...!—(A qué volver! á qué ir á mi querida Donostia! A ver qué...!)

El joven agregado le contó todos los desastres, cómo la población

había desaparecido en escombros, cómo se habían construido barracas de madera para viviendas, cosas que el viejo donostiarra atendía con tal interés y ansiedad que su curiosidad rayaba en delirio.

—Y ahí teneis el motivo de mi correr; me rogó tanto y tanto que al pisar tierra, en cuanto aquí llegase volara al atrio de San Vicente hacía la puerta chiquita y viera en su frente qué es lo que le faltaba al santo de piedra que allí está.

—¿Y viste?—le preguntaron los oyentes

—¿Pues no había de ver, si no llevaba otro objeto?

* * *

Era una tarde de Abril del año 1814.

En el puerto de la Habana es esperada una corbeta de bastante porte.

Tras el castillo del Morro y ante los arreboles del atardecer se ve ya el barco, avanza despacio, pasa el castillo, atraca hácia la machina, el práctico lanza un chicote y queda arrimado el barco.

El piloto salta á tierra, hombre joven, moreno y de fisonomía simpática.

—*Adiyo, erri*—le grita una voz cascada, timbre de anciano. Es la del viejo donostiarra que sale al encuentro del ex-agregado, hoy piloto.

—Cumplí vuestro encargo—le dijo abrazándole—al santo de la *puerta chiquita* de San Vicente le falta una mano.

El viejo donostiarra se sonrió, hasta soltó varias carcajadas, llevan do sus manos á la frente como á quien le vienen á la vez multitud de recuerdos íntimos que no acierta ni sabe si ha de reír ó llorar.

—¿Qué interés os causa eso?

—Sabes por qué?, porque cuando yo era joven, más joven que tú, *¡ja, ja, ja!* yo fui quien le rompió de un pelotazo la mano al santo.

He ahí un episodio que revela exactamente el carácter del verdadero donostiarra (simpática figura que ha dejado de existir), que en medio de su gran amargura y aunque viejo y achacoso, guarda siempre átomos de buen humor que resplandecen por entre la pesadumbre, como alguna que otra estrella fulgura en cielo tenebroso.

FRANCISCO LOPEZ ALÉN.

